

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO



SEGUNDA



QUITO

Imprenta de EL TIEMPO

Propietario, Luciano Coral.

1905

SEGUNDA

Tanto monta.
Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.

UNA TIRANIA fundada con engaño, sostenida por el crimen, yacente en una insondable profundidad de vicios y tinieblas, podrá prevalecer por algunos años sobre la fuerza de los pueblos. Las más de las veces, la culpa se la tienen ellos mismos: como todas las cosas, la tiranía principia, madura y perece; y como todas las enfermedades y los males, al principio opone escasa resistencia, por cuanto aún no se ha dado el vuelo con que romperá despues por leyes y costumbres. La tiranía es como el amor, comienza burla burlando, toma cuerpo si hay quien la sufra, y habremos de echar mano á las armas para contrarestar al fin sus infernales exigencias. A la primera de las suyas, alce la frente el pueblo, hiera el suelo con el pie, échele un grito, y de seguro se ahorra azás de tribulaciones y desgracias. Avino que un hombre de fuerte voluntad mandase azotar un anciano condecorado con el título de prócer de la independendencia: hízole azotar, y voló á esconderse, miéatras veia como la tomaban grandes y pequeños. Un clérigo andaba por esas calles gritando: pueblo vil, no lapidas á ese monstruo! Un coronel se fue para el escondite, y le dijo á el azotador: salga vüexcelencia; el pueblo aguanta todo. Su excelencia salió, y fue García Moreno. Ignacio Veintemilla ha salido también: si los ecuatorianos le dejan seguir adelante, serán el pueblo de Capadocia, ese pue-

blo infame que no aceptó la libertad cuando se la ofrecieron.

Principio quieren las cosas, dice Juan de Mallara. Comer y rascar, todo es principiar, responde el Comendador Griego. Los refranes son advertencias preñadas en sabiduría: el vulgo es el príncipe de los filósofos, que arropado con su manto de mil colores, está pasando y repasando en vaiven perpetuo del Pórtico al Liceo, del Liceo á la Academia. Súfranle los primeros desmanes á ese candidato del patibulo, y por entre los cascos echará uñas el animalito de Dios. Le sufrieron, las echó, y tan largas, que es prodigio: el molino está picado: ahora ha de comer, se ha de rascar hasta que le rasquen á él con el machete. La maldad de un gobernante puede consistir en su propia naturaleza; del ejercicio de ella, los que padecen en silencio son culpables. Ignacio Veintemilla (¡ Oh triste fuerza de la necesidad! proferir este nombre es humiliación impuesta por los deberes á la patria; es vergüenza que deja ardiendo el alma: ¿qué es, quién es este desconocido que se llama Ignacio Veintemilla?) Ignacio Veintemilla principió engañando, hizo luego algunos ensayos groseros de despotismo: le salieron bien, pasó adelante. La codicia es en él ímpetu irracional, los bienes ajenos carne, y los devora como tigre. A boca llena y de mil amores llamaba yo tirano á García Moreno: hay en este adjetivo uno como título: la grandeza de la especie humana, en sombra vaga, comparece entre las maldades y los crímenes del hombre fuerte y desgraciado á quien el mundo da esa denominación. Julio César fue tirano, en cuanto se alzó con la libertad de Roma; pero qué hombre? inteligencia, sabiduría, valor, todas las prendas y virtudes que endiosan al varón excelso. En Sila había de zorro y de león, de cómico y de rey, de persona mortal y de dios. Napoleón fue también tirano, y en su basta capacidad intelectual giraba el universo, rendidas las naciones al poder de su brazo. Tirano sin prendas morales, sin virtudes ni prestigio de ningún género, no se compadece con la opinión que el filósofo suele tener de esos hombres raros que se vuelven terribles por la fuerza, y llenan los ámbitos del mundo con el trueno de su nombre. El individuo vulgar á quien saca de la nada la fortuna, y le pone sobre el

trono ó bajo el solio, por más que derrame sangre' si la derrama con bajeza y cobardía, no será tirano; será malhechor, simple y llanamente.

Hablando de nosotros, achicándonos, descendiendo á la órbita como un arito donde giran nuestros hombres y nuestras cosas, podemos decir que don Gabriel García Moreno fue tirano: inteligencia, audacia, ímpetu: sus acciones atroces fueron siempre consumadas con admirable franqueza: adoraba al verdugo, pero aborrecía al asesino: su altar era el cadalzo, y rendía culto público á sus dioses, que estaban allí danzando, para embelezo de su alto sacerdote. Ambicioso, muy ambicioso, de mando, poder, predominio; inverecundo salteador de las rentas públicas, codicioso ruin que se apodera de todo sin mirar en nada, no. Si García Moreno robó, lo que se llama robar, mia fé, señor fiscal, ó vos, Justicia Mayor de la República, que lo hizo con habilidad é manera. Un periódico notable de los conservadores lo acusó de tener en un banco de Inglaterra un millón y medio de pesos. * El tiempo, testigo fidedigno, aún no depone contra ese terrible difunto: allá veremos si sus malas mañas fueron á tanto: en todo caso, su consumada prudencia para sinrazones y desaguizados al Erario, queda en limpio.

Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él á un bruto. Su corazón no bate; se revuelca en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida, é impulsada por el demonio. El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el sétimo pereza; ésta es la caparazon de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla.

Soberbio. Si un animal pudiera rebelarse contra el Altísimo, él se rebelara, y fuera á servir de rufián á Lucifer. "Yo y Pío IX," "yo y Napoleón," éste es su modo de hablar. Entre los volátiles el guacamayo, el loro, se acomodan á la pronunciación humana: si

* "La América," de Bogotá.

hubiera cuadrúpedos que gozasen del mismo privilegio, los ecuatorianos vivirían persuadidos de que su dueño le crió á ése enseñándole á decir: "Yo y Pío nono," "yo y Napoleón." Un célebre bailarín del siglo pasado solía decir de buena fe: No hay sino tres grandes hombres en Europa; yo, el rey de Prusia y Voltaire. Pero ese farsante sabía siquiera bailar, tenía su oficio, y en él era perfecto: el rey de las ranas, la viga con estómago y banda presidencial que se llama Ignacio Veintemilla, sabe bailar? Zapateatas en el el aire, de medio arriba vestido, y de medio abajo desnudo, puede ser que las haga, cuando amores de la República le escamonden quitándole su vestimento para pedirle cuenta y razón de traiciones y fechorías. Entre tanto puede seguir diciendo "yo y el presidente de los Estados Unidos."

El segundo avaricia. Dicen que esta es pasión de los viejos, pasión ciega, arrugada, achacosa: excrecencia de la edad, sedimento de la vida, sarro ignoble que cria en las paredes de esa vasija rota y sucia que se llama vejez. Y este sarro pasa á el alma, se aferra sobre ella y le sirve de lepra. Ignacio Veintemilla no es viejo todavía; pero ni amor ni ambición en sus cincuenta y siete años de cochino: todo en él es codicia; codicia tan propasada, tan madura, que es avaricia, y él, su augusta persona, el vaso cubierto por el sarro de las almas puercas. Amor.....nadie le conoce un amor; no es para abrigarlo en su pecho, ni para infundirlo en suaves corazones. Orlando por Angélica, Don Quijote por Dulcinea pierden el juicio; y Don Gaiferos por Melisendra.

Tres años anduvo triste
 Por los montes y los valles,
 Trayendo los piés descalzos,
 Las uñas chorreando sangre.

Qué juicios ha perdido Ignacio *de* Veintemilla? qué calabazadas se ha dado contra agudas peñas? qué árboles ha arrancado de cuajo? qué rios ha desportillado? qué piés ha traído descalzos, ni qué uñas le han

chorreado sangre, para ser digno émulo de esos famosos enamorados? La parte invisible del amor, la parte espiritual, no es suya; él se queda á los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne, y busca su ralea en las casas de prostitución. El amor purifica, el amor santifica: amor encendido, amor fulgurante; amor profundo, alto; amor que abraza el universo, abrazando lo que toca; éste amor hace Abelardos, Leandros y Macías, esto es filósofos, héroes y mártires, y de él no son capaces esos hombres rudos que no están en los secretos divinos de la naturaleza. Cuanto á la ambición, pesa mí si la ha de experimentar ánimo tan bajo y corazón tan plebeyo como los de ese hijo de la codicia. Ambición es afecto de los más elevados, vicio sublime de hombres raros, que no puede concurrir sino en compañía de virtudes grandes. La pasión, la noble pasión de guerreros y conquistadores; pasión de Alejandro Magno, pasión de Pirro, de Julio César y Napoleón, ¿puede caber en pecho sin luz, pecho de vulgo, donde se apagaría al punto que allí tocase la chispa de locura y furor santo que está inflamando de continuo á los varones eminentes? Sed de sangre y de dinero, vanidad insensata, estos son los móviles con que muchas veces la fortuna saca de la nada á los más ruines, y los dispara hácia la cumbre de la asociación civil, como quien hace fisga de los hombres de mérito.

El tercero lujuria. Este vicio nos tiene clavados á la tierra; á causa de él no son ángeles los individuos agraciados por el Criador con la inteligencia soberana que los eleva al cielo en esos ímpetus de pensamiento con los cuales rompen la oscuridad y ven allá el reflejo de la luz infinita. Alejandro decía que en dos cosas conocía no ser dios, en el sueño y en los empujes de los sentidos. Ignacio Veintemilia conoce que es sér humano en esas mismas cosas. Sér humano digo, por decoro de lenguaje; esas dos cosas suben de punto en este Alejandro de escoria, que le sacan de los términos comunes, y dan con él en la jurisdicción de la irracionalidad. El sueño, suyo es; no hay sol ni luz para ese desdichado: aurora, mañana, medio día, todo se lo duerme. Si se despierta y levanta á las dos de la tarde, es para dar rienda floja á los otros abusos de la vida, para lo

único que necesita claridad, pues su timbre es ofender con ellos á los que le rodean. Da bailes con mujeres públicas, y se le ha visto al infame introducir rameras á su alcoba, rompiendo por la concurrencia de la sala. Pudor, santo pudor, divinidad tímida y vergonzosa, tú no te asomas por los umbrales de esas casas desnudas de virtudes, porque recibirías mil heridas por los oídos, por los ojos. El valiente, el héroe tienen pudor: Esta afección amable no está reñida con los ímpetus del valor, ni es atropellada por esas grandes obras que se llaman proezas. Soldados hay capaces de dejarse morir, por no exponer el cuerpo herido á las miradas de las hermanas de la caridad, con ser que estas mujeres, cuando siguen los ejércitos al campo de batalla, lo van dejando todo en el templo de la misericordia, juventud, hermosura, atractivos, malicia todo. Pudor, santo pudor, tú nos libras del fuego de Sodoma, sirviéndonos de escudo contra las iras del cielo. Huye, huye de la casa del malvado, pero no salgas ni un instante de la del hombre de bien. Tras el hombre de bien está casi siempre la mujer honesta; y el hombre de bien y la mujer honesta son los fiadores que responden de la salvación del género humano.

El cuarto ira. La serpiente no se hincha y enciende como ese vasilisco. Un día un oficial se había tardado cinco minutos más de lo que debiera: presentóse el joven, ceñida la espada, á darle cuenta de su comisión: verle, saltar sobre él, hartarle de bofetones, fue todo uno. La ira, en forma de llama infernal, volaba de sus ojos; en forma de veneno fluía de sus labios. Y se titulaba Jefe Supremo el miserable: Jefe Supremo que se va á las manos, y da de coes á un subalterno que no puede defenderse! Viéndole están allí, en Quito: eso no es gente; es arsénico amasado por las furias á imagen de Calígula. Hay ponzoña en ese corazón para dar torrentes á esa boca: agravios, denuestos, calumnias feroces, amenazas crueles, todo sale empapado en un mar de cólera sanguinaria. ¡Qué natural tan enrevesado y perverso! Me llama ladrón, asesino, delincuente en mil maneras, por que, bajo el ala de la Providencia, he podido escapar del calabozo, los grillos, el hambre, la muerte en el aspecto que aterra al más impávido. Siguiéndome está con el puñal; pero yo estoy vesti-

do de un vapor impenetrable, vapor divino, que se llama ángel de la guarda. A un tirano antiguo *se le había escapado* una víctima, con haberse dado muerte por su propia mano: yo, huyendo al destierro, *me he escapado* también; y el destierro es la más triste de las penas. Luego su ánimo era quitarme la vida en el martirio? Nadie lo duda, Dios me salvó sacándome de la mano á medio día por entre sus enemigos y los míos. Su fin tendrá. ¡Y qué arrebatos los de ese dragón plebeyo! Con que yo no tengo el derecho de la defensa personal? no me competía el salvar la vida propia? Cólera no es muchas veces sino tontera carbonizada al fuego del infierno: pasión injusta, ciega. Los hombres de corazón mal formado nunca experimentan esos empujes de santa ira que los dispara contra las iniquidades del mundo: ellos no sienten sino la fuerza de Satanás que se desenvuelve en su pecho y engendra allí esos monstruos que salen afuera con nombre de asesinatos, envenenamientos, proscripciones: ántes de nacer á la luz se llamaban odios, celos, venganzas; sentimientos del ánimo convertidos en hechos; coronación del mal, gloria del crimen.

El quinto gula. Los atletas ó gladiadores comían cada uno como diez personas de las comunes: la carne mataba en ellos el espíritu, y así eran unos como irracionales que tenían adentro muerta el alma. La materia no medra sino á costa de la parte invisible del hombre, esa chispa celestial que ilumina el cuerpo humano, cuando este sabe respetar sus propios fueros. Sabiduría virtud son abstinentes: los gimnosofistas, esos filósofos indios cuya vida en el mundo partía términos con la inmortalidad, se mantenían de puros vegetales, y algunas gotas de miel, tenue como el rocío. La inteligencia come poco; la virtud, ménos: los solitarios de la Tebaida estaban esperanzados en los socorros de los espíritus celestiales. Epicuro fué el corruptor de la antigüedad, y Sardanapalo está allí con el patrón eterno de los infames para quienes no hay sino comer, beber y estarse hasta el cuello en la concupiscencia. Yo conozco á Sardanapalo: su pescuezo es cerviguillo de toro padre: sus ojos sanguíneos miran como los del verraco: su vientre enorme está acreditando allí un remolino perpetuo de viandas y licores incendiarios.

Su comida dura cuatro horas: aborrece lo blando, lo suave: carne, y mucha; carne de buey, carne de bórrego, carne de puerco. Mezclad prudentemente, dice un autor, las viandas con los vegetales. Sardapalo detesta los vegetales: si supiera qué y quién es Pitágoras, mandara darle garrote en efigie. Las sopas son de cobardes, las frutas de poetas, los dulces de mujeres: hombres comen carne; carne valientes, carne varones de pro y fama. Es perro, es tigre? Oh Dios, y cómo engulle, y cómo devora piezas grandes el gladiador! Ignacio Veintemilla da soga al que paladea un bocadito delicado, tiene por flojos á los que gustan de la leche, se rie su risa de caballo cuando ve á uno saborear un albérchigo de entrañas encendidas: carne el primer plato, carne el segundo, carne el tercero; diez, veinte, treinta carnes. Se llenó? se hartó? Vomita en el puesto, desocupa la andarga, y sigue comiendo para beber, y sigue bebiendo para comer. Morgante Maggiore se comía de uua sentada un elefante, sin sobrar sino las patas; Ignacio Veintemilla se lo come con patas y todo! "Vamos á la muquición," dice; y verle *muquir*, es admirarle sin envidia, es perder el apetito. *

En casa del fondista Bonnefoi, en París, pedí una vez albaricóques: las frutas, y principalmente las redondas, esos pomitos de color de oro, que parecen del jardín de los Hespérides, me deleitan. Como aún no había plenitud de frutas, cada pieza importaba dos francos, ó cuatro reales.

Oh dicha, tomar esa pella suavísima en los tres dedos de cada mano, y abrir por la comisura esa esfera rubicunda, en cuyas entrañas están cuajados los delirios y las concupiscencias del dios de los placeres inocentes! Ignacio Veintemilla me estaba tratando de bruto con los ojos. Hombre, dijo al cabo de su admiración, usted nunca ha de ser nada; y pidió estofado de liebre por postres. Había comido res, carnero, gallina, pato, pavo, conejo; raya, salmón, corbina; ostiones, ostras, cangrejo, y de postres pide liebre; hay animal estrafalario? Desde el tiempo de Horacio los ajos han sido comida del verdugo: cuando este santo varón no ayuna ni está de vigilia, co-

* Muquición, muquir, germania; comida, comer. Términos de la cofradía de Monipodio.

me liebre. Esa carne gruesa, negra, pesada, me parece que no sufre digestión sino en el estómago de ese que vive de carne humana. Los españoles, y principalmente las españolas, saben lo que son postres: sorbetes para Musas; suspiros leves, que saborean ninfas impalpables; suplicaciones doradas, regalo de almas que se salvan. Los franceses no gustan de los dulces, pero tienen postres con que quebrantarían peñas en el Olimpo, si las diosas adolecieran de hambre ni golosina. El dulce de ellos es el queso, ó mas bien los quesos de mil linajes con que sus manteles prevalecen sobre todos los del mundo. Un *brie* delicado *le hace honor*, como suele decir la galicana, al paladar de una hermosa de quince abriles; un *chantilly* aristocrático inebria á un emperador; un *rochefort* violento hace voluptuosos estragos en la gáznate de los hombres de fierro que se agrandan de esa pólvora comestible. Lord Byron, á fuero de inglés de casta pura, *pur sang*, como dicen sus vecinos, comía por postres un tallo de cebolla fuerte, mal que les pese á las lindas hispano-americanas, para quienes los panales del Híbla no son harto suaves y aromáticos. Cogerían, morderían, mascarían ellas un tronco de cebolla cruda en vez de sus azucarados *chamburitos*? Lord Byron, con ser como era, sueño de las bellas, por ese su talento, su varonil gentileza y las poéticas extravagancias de su vida, hubiera estado en un tris de no hallar quien le quisiera en Lima, Quito ó Bogotá. No de otro modo á una joven poetisa admiradora apasionada de Lamartine se le subió el santo al cielo, y ella cayó en un abismo de desengaño y desamor, cuando le vió á mi don Alfonso el día que fue á conocerle, sacar del bolsillo un pañuelo colorado de cuadros azules, bueno por la extención para colcha de novios de aldea. Gran Dios! exclamó la poetiza, en tanto que el poeta, viejo ya, eso sí, sonaba armoniosamente; gran Dios! con que este había sido Lamartine? Desde que tuve noticia del acaecido, mis pañuelos son el ampo de la nieve, y no mayores que un lababo: por esta parte seguro está que me vaya mal con las dulces nuestras enemigas. Otrosí, no como cebolla, ni en presencia de ellas ni á mis solas. Ignacio Veintemilla pide liebre cuando ha de pedir grajea: si le fuera posible, tomara café de carne de puerco. y se

echara á los dientes una cuarta de morcilla negra á modo de puro habano. Los ajos, por no desmentirle á Horacio, siempre han sido de su gusto,

El sexto envidia. Nelson no tenía idea del miedo: cuando en su presencia nombraban este ruin afecto, no le era dable saber cuál fuese su naturaleza. Hay asimismo seres agraciados por Dios con una mirada especial, que no tienen nociones de la envidia; sabenlo que es, pero no la experimentan por su parte, con ser como es achaque de que adolecen, cual más cual ménos, todos los mortales. La envidia es una blasfemia: envidia es cólera muda, venganza de dos lenguas que muerde al objeto de ella y al Hacedor, dueño en verdad de los favores que irritan á los perversos. Dones de la naturaleza, virtudes eminentes, méritos coronados, son puñal que bebe sangre en el corazón del envidioso. Inteligencia descollante es injuria para él; consideración del mundo, injusticia que no puede sufrir. Virtudes ajenas son vicios á su fosca vista; verdad es hipocrecía, austeridad soberbia, valor avilantez: desdichado el hombre de altas prendas entre la canalla del género humano que ni ve con luz del cielo, ni juzga á juicio de buen varón, ni funda sus fallos en el convencimiento y la conciencia. Envidia es serpiente que está de día y de noche tentando á los hombres con la fruta de perdición: Cómela! cómela! La come un desdichado, y mata á su semejante. Envidia, Cain armado de un hueso, tú no mueres jamás.

Por una correlación que se pierde en las tinieblas del pecado, las pasiones criminales y soeces cultivan estrecho maridaje: podemos afirmar de primera entrada que donde se halla una de estas culebras, allí está el nido. Soberbia é ira comen en un mismo plato, lascivia y gula duermen en una misma cama. El soberbio, avaro, libidinoso, caja de ira, glotón, será extraño á la hermana de esas Estinfálidas, la peor de todas, la envidia? Aun los hombres superiores suelen estar sujetos á ese mortal gravamen de la naturaleza humana. Luis XIV, rey poderoso, adornado con mil prendas, experimentaba profundas corazonadas de envidia. Alarga la mano á todos, como todos confiesen su inferioridad: guerreros, hombres de Estado, poetas, escritores, artistas, todos son sus protegidos, puesto que ninguno blasone de echarle el

monumento; una gran esperanza, huid de ir á buscarla al borde del sepulcro.

El anciano recién llegado, en medio de tumultuosa muchedumbre, se dirige para su casa: allí, en ese recinto estrecho, está encerrado un mundo, el mundo del corazón: mujer, hijas, hijos, santo grupo de la familia con sus dioses y ceremonias apasionadas, esperan al marido largo tiempo ausente, al padre, al sacerdote del altar doméstico. Colgadas en las barandillas de la escalera, los brazos hácia la puerta, sus lágrimas están bendiciendo esas gradas, ese zaguán por donde ya va á entrar, á subir el hombre en quien está fincada su vida en ese instante. María, Rosita, de felicidad son ésas que se os desprenden de las pestañas y ruedan en largo hilo por el seno. Vuestro padre, héle allí, ya llega, ya entra.....Cómo; el tropel sigue adelante: pasó, se alejó, silencio todo. El hombre descastado, el viejo ruin, dejó allí muriéndose al amor, y tuvo por más natural y santo ir primero á echarse de rodillas y besarle los pies al figurón sin alma que se estaba ya llamando Jefe Supremo. Para volver más notoria su irreverencia á Dios y á la naturaleza, tuvo á dicha ir á pasar por su calle, por su casa, recibiendo con esto el fierro, la marca de un amo tan pobre de méritos y virtudes como él mismo. Ahora ya no se puede perder ni confundir entre vacadas ajenas: este buey seco, pelado, garrapatoso, que se mueve y tambalea, es de Veintemilla, del mudo Veintemilla, dicen todos; y le cogen, y le entregan á su dueño, cuando sale de su majada. Dinero, mucho dinero, á trueque de oscuridad é infamia, este es el actual Urbina. Poco sabe de derecho este furriel apolillado, pero dijo: *doy para que des, hago para que hagas*. Dió honra, fama; cogió y está cogiendo mazos de billetes de banco, talegos de moneda que se los bebe en forma de aguardiente.

No se me ignora la divisa de los antiguos caballeros, *mi Dios, mi rey y mi dama*; pero el cristianismo mejor averiguado ha hecho una transposición, y nosotros decimos con más acierto: "Mi Dios, mi patria, mi familia," siendo así que no tenemos rey. Si rey entra por patria, habremos de decir: Mi Dios, mi patria y mi esposa. ¿Pero cómo ni cuando ha de simbolizar la patria un malvado que no hace si-

no cubrirla de ignorancia y arrancarle dolorosas lágrimas? Sin estos pegotes corruptores que arrodri-gonan al opresor, quizá no hubieran tiranos: la so-berbia vive de adulación; la adulación hincha a la vanidad, y aduladores y vanidosos caen sobre las naciones desgraciadas á modo de ceniza, y la que- man, y la yerman. Los ciudadanos de chapa, los hombres de trascendencia, en todo caso han de ser contraresto de gobernantes abusivos. Pero si lejos de ser apoderados naturales de la República, se vuel- ven fautores de su enemigo y ministros de sus crí- menes, ¿cómo no han de llorar desdichas y vergüen- zas sobre un pueblo? Me han dicho que Urbina, siendo presidente, gustaba por extremo de zalame- rías y cucamonas de cortesanos: hombres graves, de- corosos, no eran suyos: para cortarle el ombligo con- venía mostrarse indigno de un prohombre. Nadie tenga la osadía de alabaros cara á cara, dice un gran autor; no le sufrais, reprimidle, agrego yo, peque- ñuelo. La adulación corrompe, desvía: la calum- nia, vestida de alabanza, suele asomarse por los la- bios del palaciego; el gobernante sordo á los enemi- gos públicos que se llaman aduladores, ese está li- bre de mil males. La adulación no se contenta con alabar; su parte principal es indisponer al poderoso con ciudadanos quizá buenos. Encomios pagados son méritos de hombres sin virtudes: los hombres de pro no han menester sino el silencio respetnoso de los dignos, la callada buena fe de los sinceros.

La diplomacia de Urbina es la adulación; si agre- gamos la mentira, planta espontánea en sus labios, el fraude y el engaño, bien así en las públicas co- mo en las privadas relaciones de la vida, hemos di- cho todo lo que sabe. Adulación, y tan extremada, y tan empalagosa, que le da semblante de retreche- ra sin talento. Hombre que peina canas, militar antiguo, ex-presidente, adula, si su alma es baja, pero con aire y modo, y no así como una peliforra. Un poeta indigno de las Musas había dicho que Antígono era un dios. Miente, respondió el tirano; mi criado sabe que no hay nada de eso. Urbina, á pesar de los secretos de la recámara, que él los sabe muy bien, quiere que Ignacio Veintemilla sea un Dios; un dios, pues valiera más llamarle Caco ó Mercurio, que Godofre de Bouillon ó Carlomagno,

como le ha llamado mil veces en sus borracheras. El que cae en los brazos de ese viejo, tenga paciencia; media hora ha transcurrido, y aún no le afloja. Si el dicho Sileno le ha menester para algo, peor; le besa desde la frente hasta la ijada, pasando por el estómago. Le besa los ojos una y mil veces; le besa la nariz por dentro y fuera; se da maña de besarle la nariz por dentro haciendo los labios pico de cigüeña. Le besa la boca: si el sentenciado á ese suplicio infamante no la cierra bien, le ha de hacer irrupciones asquerosas de lengua hasta el galillo. Le besa la quijada, la nuez: la mejilla ya la besó; esa es cosa suya. Le abre el chaleco, le besa la barriga: le vuelve, le besa tras la oreja. Si no hallara resistencia, oh, hasta dónde no llevara esos labios de Judas con los cuales le está vendiendo á uno por todo el cuerpo y cubriéndole de baba tabacosa? Dios sabe si Veintemilla se ha ido al baño cada vez que su mala estrella le ha puesto en brazos de su Mentor: ¿qué ha de ir cuando él mismo está cubierto por dentro y fuera del pringue de los vicios? En la Escritura, justicia y misericordia se encuentran y se besan; en la descripción, Urbina y Veintemilla, esto es, la corrupción y el crimen, la embriaguez y la imbecilidad, se encuentran y se besan, y de esta cópula indecente nacen deshonor y males públicos. Sin su Urbina, sin su traición á la patria y al partido liberal; sin su falange de leprosos antiguos, Veintemilla, Ignacio Veintemilla, cargado de una fanega de cebada, estuviera yendo al molino cada día. ¿Qué pudo este infeliz por sí mismo? Veintemilla, como ejecutor de crímenes y traiciones, ha caído en mal caso y merecido la horca: Urbina, como impulsor y causa, está llorando por la cuerda. El uno es cuerpo, el otro alma de este feo demonio que se está comiendo á bocados honra, bienestar y buena fama de un pueblo. Ideas, propósitos elevados, amor al género humano, impulsos de grandeza, anhelos de gloria, nada: lujuria de dinero, hambre de vanos títulos, sandez, falsía, desvergüenza, he aquí los medios y los fines de esos revolucionarios sin revolución, católicos sin bautismo. Como saben que los principios liberales son cosas grandes que se están dando vuelo por el mundo, se han llamado liberales, ellos: en las galeras hay también partidos: Ur-

Urbina y Veintemilla, liberales de galeras: liberales de aire libre, liberales de idea y corazón, no: liberales á lo Thiers, á lo Gladstone, no. Asesinen arzobispos, metan fuego á los edificios públicos, acarreen á sus casas los tesoros de la Iglesia y del Estado, en buena hora: esos no son liberales ni conservadores; son delincuentes á quienes, hasta hoy día de la fecha, y van nueve años, están fusilando en Francia. "General, no tenga usted cuidado; los jesuitas están conmigo." Con que los jesuitas están con él.....y el arzobispo envenenado? y los obispos desterrados? y los clérigos encadenados? y los católicos asesinados? y los canónigos saqueados? y el concordato pisoteado? Dirán Urbina y Veintemilla que estas niñerías, y las otras que constan en su *memorial de agravios comunes*, como son redomazos, clavazón, de sambenitos, untos de miera en la casa, lejos de desmentirlos, son pruebas de su liga *rodiniana*. Y concluyentes: si nada de eso hubiera sucedido en la República, de su peso se cae que los jesuitas no estuvieran con ellos. No ha quedado un liberal en el Ecuador; no hay sombra de imprenta, ni tribuna, ni sociedades, ni libertad, ni verdad, ni religión pura, ni conciencia, ni Cristo que lo fundó; claro se está que ellos están con los jesuitas: y se llaman todavía liberales! Violencia y crueldad, terror infunden: la impostura es baja de suyo, y no inspira sino desprecio.

Sería yo temerario si afirmase absolutamente que los ecuatorianos son esclavos de nacimiento y por amor. García Moreno hecho pedazos, cayendo de su palacio á la plaza á puntapiés, dando zapatetas en el aire, según que lo había profetizado un humilde Isaías, viene aquí, y depone en favor de sus víctimas perpetuas. Borrero es asimismo testigo favorable, el pobrecito: diga si fue bajo el solio, ó en su fuga, donde le pasaron una mañana las botas llenas de.....agua, y él tuvo que ponérselas, llevándolo todo en amor de Dios. Ignacio Veintemilla, la soga al cuello, la arrancará, y desvanecerá la buena opinión que Sud-América principiaba á concebir del Ecuador? Veintemilla sin talento, sin poder, sin habili-

dad; Veintemilla, ignorante como un indio, cabezudo como un vizcaino, pesado como un galápago, presuntuoso como un Qnijote, incapáz de esa tiranía grande que inmortaliza *en el aire* á los bribones de gran talla, ¿estaría ahí para echar el sello á la desgracia de un pueblo, al ruin concepto en que los otros lo han tenido tantos años? La dictadura de García Moreno fue perpetua hasta el día del Mache-te; la de Veintemilla será más corta: las ranas han visto ya que se le pueden subir encima, y hacer de su rey su estercolero. Te enojas, el amigo? Xo que te estriego, burra de mí suegro.

Desengáñense los ambiciosos sin mérito: en los rincones más oscuros las luces obran ya más de lo que les conviene á los opositores de la civilización; en los pueblos más hechos á la servidumbre los agentes de la libertad se abren paso, y van alumbrando con su antorcha cien leguas en contorno. Tres números de "El Regenerador", apoyado por los jóvenes liberales de Quito y Guayaquil, bastaron para quitarle al presidente más popular que habíamos visto en tierra de lirones *sus veinte y nueve mil votos*. La revolución, hecha la tenía la imprenta, esto es, la razón, el derecho de los pueblos, cosas que se vuelven efectivas en la libertad práctica y sensata, en el progreso cuyos fundamentos son virtudes. "Ya es tiempo, me escribieron los jóvenes del Guayas; vnegá usted, vuele usted." Fuí, y el pueblo me dió un susto. El aura popular en forma de huracán es simoun en cuyo seno viene sonando una música aterrante. La modestia pierde el color y el habla en presencia de ese monstruo hermoso que le abre cien brazos y la saluda con mil voces. Uno á quien hasta hoy no le han cabido sino persecuciones y amarguras, debía darse por resarcido de sus padecimientos, por agradecido de sus afanes, cuando, honrosamente conturbado, estaba viendo un pueblo todo al pie de sus balcones, oyendo unir su nombre á las santas palabras de patria y libertad. Ante la glorificación ardiente de miles de personas bien intencionadas ¿qué importan majaderías de tontos, sandeces de borrachos, malas obras de ingratos, desvergüenzas de atrevidos, calumnias de perversos?

El diablo estaba haciendo en ese instante en una cochiguera un tiranuelo de lodo. En embrión lo te-

nía ya entre los dedos, y este feto del infierno tembló dentro de la oscuridad al oír las voces de la luz. Envidia, celos, aprensiones ruines, temores agudos pasaron por sobre él abrazándole cual llamas infernales. A poco el feto había nacido en un cuartel, fue bautizado por Patillas el canónigo, y llamándose Capitán General de sus ejércitos, salió campeando al mundo. Mas qué campear.....campea y aún se pavonea por las calles de Quito, al centro de una muchedumbre de sicarios. Hombres, mujeres; viejos, niños; hidalgos, plebeyos, todos son sus enemigos, de todos se cautela: soldados, lanza en ristre; oficiales, la espada desenvainada. Así campea así se pavonea, así se gallardea ese mezquino. "No me saques sin razón ni me envaines sin honor," es la divisa de la espada noble, espada valerosa que sale de las fraguas de Toledo: esos oficiales que, sin guerra, la llevan desenvainada por la ciudad, la sacan con razón? la envainan con honor? Un hombre del pueblo, un pobre hombre, está sentado sobre el umbral de una tienda, cabizbajo con algún pensamiento, meditando con alguna cavilación, triste con algún dolor: su Excelencia el Presidente de la República, valeroso caballero, se le va encima, le echa á tierra la cabeza, esto es, el sombrero le harta de injurias. El hombre no le ha visto, no se ha puesto de pie, no le ha saludado. Herido en el cuerpo y en la honra, el triste mira á una y otra parte, ve un palo, se ase con él, salta, descarga, repite el golpe desafortunadamente: su Excelencia el Presidente de la República, con tres ¡gentiles garrotazos en el pescuezo, tambalea, en tanto que sus heroicos edecanes pican de soleta. Pero no es un 6 de agosto: vuelven los valientes, dan en el suelo con el descomedido, pisan sobre él, le matan.....No le mataron: apaleado y lastimado, leváronle al hospicio, *por loco*. Loco, y azotes cada día; loco, y juicio criminal de orden del Presidente. Si éste no es loco, él, es el ente más bajo y despreciable de la tierra. Como ha visto ya que si le saludan los quiteños es con el palo, no se va sobre ellos con el bastón: los hace presos, los manda al cuartel, les pone gorra á los que no gritan: Viva el rey!

Cuenta un sicario de Juan Manuel Rosas que este gaucho extravagante, cuando no mandaba á sus

pretorianos hacer irrupciones en las casas de Buenos Aires y cortar cabezas á discreción, les daba órdenes tan patrióticas, como la de armarse de grandes tijeras y difundirse por la ciudad: levita que parecía, tras tras! quedaba de chaqueta en quítame allá esas pajas. En cuanto al frac, lo que llamamos casaca, don Juan Manuel la aborrecía de muerte: desdichado del argentino que saliera de frac y guante blanco! no las faldas solamente, pero también el pescuezo hubiera perdido. A la puerta está Ignacio Veintemilla de salir contra la levita: la guerra contra el sombrero, ya es á todo trance. No quiera vuestra mala ventura, quirites del Pichincha, que, vencidos sombrero y casaca, vaya por los pantalones, y aún por los calzones, el Gran Pompeyo de José María Botellas. Mas como dicen que muchas veces el que va por lana vuelve trasquilado, puede ser que cuando menos piense salga el Mudo del combate en cueros. En este concepto, mi deber es fomentar la santa guerra á los paños mayores y menores.

Vivir para tormento de nuestros semejantes, y aterrado uno mismo, es negra fortuna de los que nacieron para el infierno. La historia no existe para los ignorantes; para los que no leen, nada ha sucedido en el mundo. Si Ignacio Veintemilla supiera que los tiranos, si no acaban á manos de sus víctimas, acaban á las de sus propios esbirros, no se propasara de ese modo en sus desafueros. Mas él no tiene para qué saber la suerte de los tiranos, si éstos representan el último acto de su comedia en el patíbulo, si en una plaza ó una calle; basta con que no olvide que para insignes malhechores, cuérdala. Qué vida la de ese tonto! en su casa, un batallón entero invertido en centinelas: centinelas en la puerta mayor; centinelas en el zaguán; centinelas en la escalera; centinelas en la sala; centinelas en la cama: no se pone centinelas en la boca, porque quiere tener libertad de tragadero. Y este ser aborrecido, éste que no puede dar un paso sin mirar por su vida, al tiempo que está siguiendo con el puñal en lo oscuro á los buenos ciudadanos; este reo de todos los delitos, tiene, no sólo por lugar de seguridad, sino también de delicias á Guayaquil; la libre, la valiente, la orgullosa Guayaquil. Guayaquileños, este malvado, ó no hace caso de vosotros, ú os tiene

por sus cómplices: lo primero es humillante, lo segundo denigrante. En Guayaquil andaba solo García Moreno de día y de noche, dormía á pierna suelta sin ensueños ni pesadas: en Quito vivía aterrado: su velar era cautelarse, su dormir atormentarse. Viendo patriotas, jóvenes armados del puñal de la salud, vengadores y jueces por todas partes, saltaba de su lecho, corría por dondequiera dando gritos, pidiendo socorro en sueños. El sonambulismo de la sangre es la más terrible pesadilla. Al fin murió el tirano, murió; no á poder de libres y valientes guayaquileños, sino de esclavos y cobardes serranos. Los guayaquileños, cuando saludaron el 6 de agosto con tan grandes procesiones, tuvieron por bueno el hecho, lo prohijaron; pero ellos no habían sido para la empresa. Vamos á ver, hijos del Guayas, los serranos cobardes os libraron y libertaron de Gabriel García Moreno; libertaos vosotros mismos, libertadnos y libradnos á todos de Ignacio Veintemilla. El uno valiente, audáz, temible; el otro pálido en la menor ocasión, cuitado despreciable. Y así y todo, éste no piensa sino en Guayaquil: en sus terrores, sus amarguras, sus palos, Guayaquil; en los desprecios que devora, en sus cuitas, sus pesadillas, Guayaquil: en sus peligros, sus ancias, sus caídas, Guayaquil: Guayaquil es su consuelo, Guayaquil su salvación: consuelo y salvación del traidor á la patria, el robador de la hacienda pública, el perseguidor del partido liberal, el bárbaro para quien no hay más Dios ni ley que el vicio, ni más devoción que el crimen: Guayaquil, Guayaquil! Guayaquil, cuna de la libertad; Guayaquil, tierra de hombres fuertes; Guayaquil madre de hijos libres, Guayaquil, Guayaquil... Rocafuerte, Olmedo, no reconocáis á esa madre envilecida, echalde al rostro las estatuas con que quiere engañarnos. Esa, esa que erige estatuas á un viviente infame, no tiene derecho para levantarlas á difuntos esclarecidos: semejante trastrueque del orden de las cosas pudieran indignar á la Fama y la Gloria, y hacer temblar de ira á estas divinidades Guayaquileños, estatua á Vicente Rocafuerte, Genio de las luces, campeón de la libertad, honra del Guayas; estatua á Rocafuerte, en la Capua de Ignacio Veintemilla? Levantadla, sí, levantadla, pero no antes de haber dado en tierra

con el Sísifo que fuera infamia de Gomorra. Le apreciáis, le amáis; él lo dice: hasta cuándo sereis merecedores de agravio semejante?

Había en una comarca del Nuevo Mundo una joven llamada Ecuá, hermosa por extremo, y dueña de grandes riquezas. Huérfana de padre y madre, un deudo suyo muy cercano la tomó bajo su amparo, con tanta más solicitud cuanto que, en muriendo, su padre se la había dado por hija. Inocencia, sobrada; experiencia, ninguna; no era ella para cosas grandes, ni hubiera ido derecho, si nadie la llevara por la mano. Acodicióse un hombre á ella; no tanto á su hermosura cuanto á sus haberes, siendo como era codicioso de suyo y gran amigo de adquirirlas sin el sudor de su frente. Llegóse un día al tutor y curador de la joven casadera, y pidió su mano. El señor Dual, que así se llamaba el padre adoptivo, tuvo por bueno el matrimonio. Consultando con la niña, ésta dijo que no. Insistió él, ella repitió su no con entereza. Madruñero será mucho, dijo Dual: por los tiempos que alcanzamos, los novios no están al escoger; cástate. Hombre bueno pero aturdido, el señor Dual, medio de grado, medio de fuerza, la casó, y se estuvo á esperar que su pupila viniese á él á verter lágrimas de felicidad y agradecimiento. No fue así; ántes la bella Ecuá empezó á quebrar de salud y color: su genial alegría se convirtió en tristeza, su amable verbosidad en silencio de muerte. Ella, tan dada al arreo de su persona, dejó ver un increíble desafeite: la cabellera en abandono, el vestido descompuesto, las manos, las blancas manos, perdidas debajo de negra roña. A las preguntas de su tutor, sus contestaciones eran lágrimas. Dual, profundamente afligido, trató de descubrir el secreto de esos dolores, esa como muerte en vida que estaba presenciando. Vicios, no hubiera sido mucho; halló crímenes en Madruñero, y aún cosas nefandas. El caudal de su esposa, bebido, jugado, disipado; su honra lastimada con injurias y calumnias de su propio consorte; su cuerpo lleno de cardenales, de los golpes que recibía sin quejarse. La ictericia, campeando en ese rostro antes divino, estaba dando fe de sus padecimientos y amarguras. Del escándalo, no había estado libre la pobre Ecuá: en las orgías, las baraundas,

las camorras públicas, ella era el hito de la perversidad de ese hombre, y la que cargaba con la vergüenza. El señor Dual quiso presentarse pidiendo el divorcio por causa de sevicia; pero cuando Ecuá, deshecha en llanto, abierto el corazón ante su padre, le hubo descubierto las causas ocultas, alocado el cuerdo, enfurecido el manso, se fue para el monstruo y le mató. Su hija, atajada de razones, ahogada por el pudor ofendido, le había confesado que ese hombre infame no gustaba de la naturaleza; que muchas veces, en siendo bella aún, había querido, borracho, ponerla en manos ajenas; y por último que había matado los dos niños provenientes de esa unión deslayada y funesta, con decir que no eran suyos sino fruto de adulterios. Enmudecida por el terror, dominada por el influjo misterioso de ese demonio, la pobre mujer no había dicho nada; Dios lo estaba viendo todo, y eso era suficiente. Su tutor la esclavizó, él la libertó: la justicia de los hombres, dijo éste levantando los ojos al cielo, sea la que fuere; perdóneme Dios, y estoy en salvo.

Guayaquileños, ya os estáis reconociendo en el tutor imprudente: la bella Ecuá es vuestra patria: Madruñero, el horrible Madruñero, es Ignacio Veintemilla. Dual, pundonoroso y valiente, libertó á su pupila; vosotros tímidos ó inhumanos, la estáis viendo espirar en las garras del monstruo,

En cualquier situación de la guerra, las diligencias de paz son títulos de amor para quienes las hacen. En medio del fuego, entre el humo del campo de batalla, la bandera blanca asoma, y todos, valientes y cobardes, la miran con respecto. Los feciales de los romanos, los caduceadores de los antiguos mejicanos, los emsarios que hoy mismo se envían mutuamente los partidos, las naciones, son personas sagradas que alcanzan miramientos de bárbaros y civilizados, lejos de infundir enojo ni desconfianza. En el país del Ecuador se han visto muchas cosas extraordinarias: que se sorprenda dormido á un ciudadano, se le prenda como á delincuente, se le expatrie sin espera ni provisión de lo necesario, por que ha hecho proposiciones de paz á los beligerantes, y esto en

los términos más decorosos y adecuados para el caso, ni entre enfermos de la cabeza hubiera sido posible que se viese. Los atenienses lapidaron á un hombre llamado Sircilo, porque había propuesto la paz con el rey de Persia; mas fijaos, si gustais, en que esa guerra era la conquista de la civilización por la barbarie, y en que los griegos trataban de salvar á Pálas y Minerva. Europa echó poco ha coronas de flores á un poeta, porque propuso á las naciones restablecer la paz en el Oriente, y ahorrir al mundo sangre turca y moscovita. En América se le echa mano al que habla de paz é insinúa los medios de llegar á un avenimiento en guerra civil, entre hijos de una misma madre. Qué dirían de Mac Mahon los franceses, si esté hubiera enviado á Cayena á Víctor Hugo, haciéndole llamar engañosamente á media noche al Eliseo? Extravagancias son estas que, referidas en pueblos civilizados del Viejo Mundo, cobran visos de imposturas. Hubo entre mis amigos mismos quienes improbasen mi modo de proceder, y se engañaron tristemente, viéndolo están. Lo que hacemos con buena intención y valor, en servicio de la patria y honra de nuestros semejantes, no son *imprudencias* sino aciertos, aún cuando el puñal del asesino empiece á buscarnos las espaldas. Pongo en duda el tino y la eficacia de los que reprueban los pasos largos y resueltos, porque envuelven algún peligro para el que los da, aún cuando con ellos propenda al bien de todos. Ignacio Madruñero vive todavía, y tiene por suya la Nación: si en vez de llevar á mal el corte que yo propuse, hubieran ambas partes acogido mis indicaciones, vivos y útiles actualmente las más de mil víctimas de esa guerra, y un hombre bueno y de luces al frente de la República, Pero no: todo fue hartarme de injurias don Antonio, censurar mi política los liberales, y el Mudo echarme el guante. Allí no podían sino triunfar los dos malvados: Urbina y Veintemilla triunfaron, y hoy son asesinos y verdugos de los que les dieron triunfando. Quién lo pensó mejor? quién procedió mejor? Yo, con mi guerra desde el primer día á Ignacio Madruñero, con mi temprana proscripción, quedo libre del cargo que con tanta injusticia y tanta malicia me hacen bobos y hombres de mala fé; cargo de haber elevado á Veintemilla. Po-

ner el hombro por mi parte á despeñar á Borrero fue lo que hice; pero no había contado con la traición y la pros'itución del viejo Urbina. Levantar á Veintemilla.....No le conocía yo por ventura? no sabía que la parte concupiscible de García Moreno estaba dentro de él, fuera de la espiritual?

En épocas anteriores me había andado rallando este zambombo por que le presentase de candidato para la presidencia de la República en *El Cosmopolita*. Esa carota de animal, trono hoy día de soberbia, cobraba semblante humilde, como quien estuviera en el tribunal de la penitencia: bajo los ojos, sumisa la palabra, esclavo el porte, en poco estaba que no vertise lágrimas. Quiere usted ser presidente? le dije un día, cansado de su molino; concertemos una revolución, póngase usted al frente de ella como caudillo militar derrueque á García Moreno, y siga por alí á donde le lleve la fortuna. Revolución, eso no! contestó con firmeza, como uno que realmente aborreciese las revoluciones. Pues cómo piensa usted, repliqué indignado, que he de ir á arruinarme en el concepto público, proponiendo semejante candidatura? Es que usted sería mi sucesor, dijo. Canalla.....presidente por favor de él, contra el sentir de la Nación, ¿no habría sido yo el más despreciable de los mortales? Cuando hubiera tenido que haberlas con un hombre, no fue revolucionario: García Moreno le hacía temblar hasta con la mirada: cuando las hubo con una infeliz beata que le había puesto en las manos las llaves de su pecho, fué revolucionario, y se alzó con *la honra* de la vieja doncella. Echar del pie del confesor al pobre don Antonio, ni grado ni gracias: dar al través con todo un don Gabriel García Moreno, hubiera sido proeza de mármoles y bronce. Y aún así, ¿qué sería hoy de este marchante, fuerte en el crimen, sin el empeño, el prestigio, el brazo de los liberales del Guayas? Pobres guayaquileños, qué obra la suya! En combatir y triunfar bien hicieron; no es esto lo que me pesa; pero sí admiro y me duele grandemente, ver cómo sufren todavía al traidor, al malhechor, á la elefancia del alma convertida en presidente, empeñada en inficionarlo todo, en hacer supurar la sociedad humana. Engañados fueron; castiguen al

embaucador, reivindiquen su fama de pueblo libre y valeroso.

Tres barbiponientes hubo que me siguieron por mi carrera de hombre sin miedo. Cuando los vicios invaden el pecho de los jóvenes en edad temprana, todo está perdido para un pueblo; pero donde hay un muchacho que alza la cabeza y exclama: 'Tirano, yo no soy de los tuyos!' la esperanza palpita en el seno de ese pueblo. Los viejos vulgares no son para acciones eminentes; los hombres comunes pronto empiezan á volverse *sesudos* y no servir para maldita la cosa; los jóvenes son la fuerza, los niños el sueño feliz de la República. Con que no estuve solo en ese caos de servidumbre, bajezas é ineptitudes, efervos generosos? Seguid, no al maestro, sino al amigo: rectitud, pundonor, audacia, santa audacia; patriotismo, amor apasionado á la libertad, éstas son mis lecciones. La prudencia de la cobardía es vicio que apoca y envilece: el egoismo es callado, el alma ruin cautelosa: ¿cuándo levanta la voz hombre vendido y comprado? ¿cuándo alza los ojos en presencia de su dueño? Ese, ese hombre vendido y comprado, sabe, como *los sesudos*, lo que *no conviene*: sabe que no conviene hacer reparos; sabe que no conviene pedir derechos; sabe que no conviene resistir, porque el azote quebranta peñas. Mas entre hombres, amigos, oh amigos, entre hombres, conviene que á fuerza de vileza y apocamiento de todos no se vuelva soberbio el humilde, valiente el cobarde, audaz el tímido, grande el pequeño, dictador el carlancon. Este Ignacio Veintemilla, vosotros le habéis hecho, guayaquileños. Pudisteis haber hecho de él un agente, simple agente de vuestras ideas, é hicisteis un amo: soberbio por vuestra humildad, fuerte por vuestra flaqueza, déspota por renuncia voluntaria de vuestras facultades morales y sociales, ahora habéis llegado á temerle, oh vergüenza, si es que no le amáis, como él afirma. Un torrente de sangre útil perdido en un campo infausto; un arzobispo envenenado; un hombre ilustre caído bajo el puñal nocturno; las arcas nacionales trasegadas á las cuevas de dos salteadores; la instrucción pública á punto de ruina; las buenas costumbres espantadas; la honra patria herida; la barbarie triunfante en ese bruto que con bastón de presidente se

anda por las calles rompiendo la cabeza al que no le saluda; he aquí la revolución de este Ignacio Veintemilla que vive ciegamente confiado en el amor y el apoyo de los guayaquileños.

No le saludan.....y quién le ha de saludar, si el que infunde no es terror sino desprecio? Dadme un presidente adornado de virtudes cívicas y privadas, y veréis si no le saludan sus adversarios mismos. Cuando una persona ve desde lejos á Ignacio Madruñero, un discurso lógico se va desenvolviendo silenciosamente en su memoria como se le va acercando: Ese traje á los colombianos, dice; es traidor á su patria, es cobarde que no puede afrontarse con el enemigo; es hombre sin pundonor ni vergüenza; es canalla: no le saludo. Este, sigue diciendo, mandó asesinar de noche á un ecuatoriano en quien las luces concurrían con la fuerza del ánimo; es asesino, sus manos están chorreando sangre: no le saludo. Este hace suya la hacienda común; sin cautela ni rubor se lleva á su casa el Tesoro; es ladrón atrevido y tonto que roba á ojos vistas: no le saludo. Este es de malos antecedentes, está á pregón por estafador en otras naciones; es pícaro consumado: no le saludo. Este deprime cuanto puede las luces y las virtudes, hace guerra á las escuelas, los colegios, las universidades, quitándoles rentas y subvenciones, llevándose al cuartel á los rectores; es ignorante, bárbaro: no le saludo. Este pierde el respeto á la asociación universal, socava las buenas costumbres con las suyas bajas y perversas; es inmoral, corrompido: no le saludo. Este hombre de mala gracia me mueve al odio; cuando no le aborrezco, le desprecio: no le saludo. Y no le saluda, pues no le puede temer; y se expone á un ultraje de contado, á recibir sus manazas en la cara, ó va al cuartel á echarse encima la bayeta del enemigo público.

Ahora mirad por ese lado: Allí vienen dos hombres: el uno es el presidente de la República, el otro su ministro. Ni lanzas, ni bayonetas, ni espadas desenvainadas en torno suyo: las virtudes son su fuerza, el amor de sus conciudadanos su seguridad. Honradez, indiferencia por su sueldo; de la hacienda pública, vigilante guardián. Los bienes ajenos son para él como si no existieran. De éste hu-

biera podido decir el príncipe de los historiadores: *pecuniae alienae non cupidus, suae prodigus, (1) publicae avarus*. Apasionado por la instrucción general, se anda de colegio en colegio, de escuela en escuela, reparando en todo con exquisita providencia. En el palacio, la dignidad del primer magistrado; en su casa, las buenas costumbres. Se levanta con el sol, tiempo le falta para las mil y mil ocupaciones que gravitan sobre el hombre que tiene á su cargo leyes y gobernación de un pueblo. Al comer, una hora escasa; al beber, ni un minuto: elevación y resplandor en ese ilustre esclavo de sus deberes. Si ocurren discusiones internacionales, trátalas á lo grande; es instruido y sagaz; si conflictos interiores, da un corte en ellos con admirable pulso y energía. A éste no hay quien no le salude. La inteligencia le saluda, el saber le saluda, el mérito de cualquier especie le saluda. "La hipocrecia es el homenaje que el vicio rinde á la virtud," dice por ahí un filósofo: el vicio disfrazado de virtud, el vicio mismo, le rinde homenaje, le saluda. Grandes, chicos; buenos, malos; hombres, mujeres, todos le saludan; y al discolo que desprecia la virtud, al protervo que no le saluda, no le da de palos con su mano; sigue adelante sin mirarle, afligido en silencio de ver que tiene un conciudadano con quien nada han podido sus buenas obras.

Ignacio Madruñero se pasa de torpe y da en loco: su última barraganía en las calles de Quito ha sido tomar del pescuezo á un jóven de familia principal, darle contra el suelo, estropearlo malamente, y mandarlo al peor de sus cuarteles, porque no le saludó. (2) Y por qué no le saludó? por que le tiene por hombre de bien? por que admira sus virtudes? por que su ejemplo le tiene santamente conmovido? Respeto, amor á palos; he aquí, ecuatorianos, en qué extremo de miseria habéis caído. Digo habéis, por que á mí no me inficiona vuestra servidumbre, vuestro infame sufrimiento. Cuando no os miro con lástima, arrebatos de odio son los míos. Quisiera libertaros por la razón ó la fuerza, y deciros: Pueblo sin ven-

(1) Tácito dice *parcus*, hablando del emperador Galba.

(2) Este joven, casi niño, se llama Ricardo Paredes. Estuvo en el cuartel del Batallón "Convención".

tura, aquí está vuestra libertad. Me la aceptaríais? No lo creo.

Una noche, paseando con luna por los alrededores de una ciudad del Ecuador, dí con un indio ebrio que, ciego de cólera, estaba matando á su mujer. No contento con los puños, se apartó de prisa, cogió una piedra enorme, y se vino para la víctima derribada en el suelo. Verlo yo, dar un salto, echar á mis pies al furioso, pisarle en el pescuezo, todo fue uno. La india se levanta, se viene á mí, sacándose de la boca con los dedos un mundo de tierra de que el irracional le había henchido; y cuando puede hablar, suelta la tarabilla y me atesta de desvergüenzas: Mestizo ladrón! qué te va ni qué te viene en que mi marido me mate? Hace bien de pegarme; para eso es mi marido. *Shúa, manapinga, guairu-apamusca*, andáte de aquí: quiero que me pegue, que me mate mi marido. *

Oyéndolos estoy á mis apreciables compatriotas: Mestizo ladrón; siquier zumbo; *Shúa, manapinga, guairu-apamusca*, ni más ni menos que para la india. Será mejor dejar que su marido la mate á esta hembra estrafalaria también; pues todos ellos juntos alcanzan á componer á lo más una hembra; pero bien casada, eso sí.

* *Shúa, manapinga, huairu-apumusca*; quicha. *Shúa*, ladrón: *manapinga*, sin vergüenza; *huairo-apamusca* advenedizo, entrometido. Literalmente, traído por el viento, llovido.

NOTA COMO FILOLOGICA

Un distinguido escritor cubano, uno de esos que las cortan en el aire en esto del hablar pulido, como hubiera dicho Cervantes, me ha hecho notar que el vocablo *prescindencia* es inusitado en España, y que en Cuba nunca lo ha oído. Tarde, por desgracia, recibo esta lección: ese horrible *prescindencia*, que ahora me parece un escarabajo, está campeando en la primera Catilinaria, junto con los monstruos muchos y muy feos, de los cuales debe de haber un hervidero en ese cuadernito. He sabido más aún, esto es, que don Eugenio Hartzenbusch escribió á Buenos Aires á don Vicente Quesada, improbando el uso de la palabra *prescindencia*, y haciéndole ver que ella no pertenece al caudal de la lengua castellana. Tan común es ese término en las repúblicas del Sur, en Colombia principalmente, que todo un Rufino José Cuervo, todo un Miguel Antonio Caro, se han de ver tirar de la capa por nuestro viejo pedagogo, el buen don Juan Eugenio. En verdad no se me acuerda haber hallado en libro español de los buenos tiempos á ese aventurero que hasta ahora ha estado pasando por príncipe en América. Aquí te cojo y aquí te mato: el amigo *prescindencia*, por hábil que sea, no volverá á hacer sus milagros conmigo. En rancia y elegante lengua española no llaman *caballero del milagro* al bellaco que entre galos y galiparlistas anda haciendo de las suyas con el nombre de *caballero de industria*? El talion es la justicia ensangrentada: al propio tiempo que mi amigo el señor Merchan me co-

gía con las manos en la masa, me ponía un *ojo*, ojo abierto, ojo fatídico, á mi *caballero del milagro*. Si los hombres no cambiaran luces, nada supieran; y yo *no tengo vergüenza de confesar que ignoro lo que no sé*. Cuando Marco Tulio Cicerón no la tenía, y buscaba lecciones hasta en las calles de Roma, la habíamos de tener pobrecitos como nosotros? Si de influir sale influencia, de delinquir delincuencia, ¿por qué de prescindir no ha de salir *prescindencia*? he dicho. Porque no hay libertad absoluta de formación de palabras; porque la analogía no es fundamento suficiente para los neologismos; porque el uso de las corporaciones autorizadas, como la Academia Española, y el de los grandes autores, es indispensable para la introducción de voces nuevas; por esto y por lo demás, el falso español *prescindencia* queda desenmascarado, y lo ponemos de las orejas en la calle.

Verdad es que los castellanos censuran en nosotros dislates ó abusos en que ellos mismos caen á cada paso: hablando de la grande lucha con la cual ganamos servidumbre como la del Ecuador, anarquía como la de Colombia, despotismo como el de Guatemala; libertad en todo caso; hablando de esa grandiosa epopeya, decimos "la guerra de la independencia." Los españoles cultos reprenden en nosotros este vocablo, nos indican para este caso el *emancipación*, y ellos mismos conocen su gran lucha con el águila napoleónica con el nombre de *guerra de la independencia*, esa guerra hasta la nabaja, según la sublime expresión de Palafox en las murallas de Zaragoza. La *independencia* está canonizada por el uso general; y tan difícil será que nos quiten la esencia de la cosa como la palabra. Más la *prescindencia*, el *formato*, el *panfleto*, el *empeloto* y otros avechuchos ridículos que anidan en tierra colombiana, opondrán, nos parece, escasas fuerzas; los amigos del bien público quemaremos estas langostas, y aventaremos sus cenizas por el aire.

